

**DESVINCULARSE EN LA VEJEZ:
SOCIOLOGIA DEL DOLOR**

Desvincularse en la vejez: sociología del dolor

Jorge G. Hidalgo González, Ph.D.*

Introducción

En este artículo se aborda el dilema humano de la desvinculación, que acontece cuando un lazo o nexo social colapsa o se interrumpe y el individuo experimenta, en muchos casos, pesar y duelo como resultado del esfuerzo que se lleva a cabo al lidiar con el asunto o superar la situación. Si bien es cierto que ciertas desvinculaciones no producen sufrimiento, sino al contrario, carecen de significado, otras son vistas con agrado o indiferencia, sin embargo, en esta ocasión, son las desvinculaciones que causan dolor, las que son traídas a colación dada la intensidad de su significado.

Muchas vinculaciones no colapsan, ni se interrumpen, sino que se deterioran, y la comunicación que se suscita a lo largo del canal o medio de intercambio, se presta para enviar y recibir información dolorosa, que causa pesar y duelo. En este artículo no se contemplan las patologías que ocurren en la comunicación humana, que van más allá del "ruido" que ordinariamente se infiltra entre un emisor y un receptor (tales como el alcoholismo, la drogadicción, las perturbaciones de la personalidad, los problemas orgánicos, etc.), al manifestarse los problemas en la estructura fisiológica del emisor, que envía el mensaje codificado en un lenguaje que lleva distorsiones.

También acontecen distorsiones que vienen del medio mismo que se utiliza para la entrega del mensaje (lenguaje inadecuado, inflexión de voz inapropiada, lenguaje corporal erróneo, etc.). En otras ocasiones, ocurren distorsiones en la recepción del mensaje (fobias, miedos, compulsiones, complejos, etc.). El receptor puede tener problemas estructurales al recibir el mensaje y lo distorsiona. Puede acontecer que emisor y receptor tienen visiones diferentes del mundo..., en fin, que la comunicación humana es ciertamente un milagro, y nos damos por satisfechos cuando finalmente alguien nos comprende, ya no en una o dos, sino en muchas de las dimensiones del significado que nosotros mismos le atribuimos a los símbolos que forman parte del repertorio que es importante para cada uno. Sin duda, el dolor físico y emocional es uno de los factores que producen distorsión en la comunicación humana.

La vida de un ser humano, como historia individual y como ser social, está marcada por éxitos y fracasos, triunfos y derrotas, relaciones que se establecen y relaciones que se pierden. Con el envejecimiento, o sea, con el transcurrir del tiempo, uno de los efectos notorios de ese proceso sobre la disposición o el ánimo del individuo, es la gnoseología que se acumula como resultado de las experiencias vividas. No todas las experiencias

*Catedrático de la Maestría Interdisciplinaria en Gerontología y de Departamento de Sociología Universidad de Costa Rica.

vividas están llenas de significado para el individuo, para el grupo o la comunidad. Sólo algunas de las experiencias, pasan por el tamiz que las dota de significado, individual o compartido con otros.

No podemos los humanos escapar al destino inexorable que nos llama a ser *criaturas reflexivas*. Hasta los acontecimientos más dolorosos, personales y sociales (o sea, compartidos), nos llaman, como si fuera un deber con el que nos hemos comprometido sin excepción, a elaborar una posición teórica que nos permita encontrarle sentido a la praxis que significa la manera cómo se vive la vida.

Siendo criaturas dotadas de la facultad de la razón, los humanos encontramos consuelo en el proceso de determinar que las experiencias pueden ser razonadas, y el descubrimiento de esas razones, facilita el sentido de la trascendencia. Pero, no sólo pensamos, sino que también sentimos, y elaboramos el pesar y el duelo en formas simbólicas, con un lenguaje lleno de significado, muchas veces con ideas impregnadas de emoción. En este artículo se exploran algunos de esos significados, desde el punto de vista de la sociología del envejecimiento.

Para los sociólogos, el tema relacionado con las desvinculaciones, es sumamente atractivo, porque es un proceso que pareciera ir a contrapelo de la inclinación social del ser humano. Si bien es cierto que el proceso de formar asociación ha sido la temática dominante del interés sociológico, sin embargo, ha ganado terreno el interés por el estudio de las rupturas y el colapso de las formas de asociación, o dicho en otras palabras, la disociación social. No sólo la organización social, o la morfología social, como le llamaba Durkheim, es una temática de interés para los sociólogos, sino también la desorganización o desintegración

social. No en vano el mismo Durkheim tenía tanto interés en las formas anómicas del comportamiento social, siendo quizás el suicidio la forma más dramática de acabar con el contrato social que el individuo suscribe con sus semejantes.

La genialidad de Durkheim consistió en demostrar que el suicidio no es una decisión tan individual como se pensaba, sino que hay variables sociales que condicionan e intervienen en el acto de autodestrucción. El suicida tiene presente a otros actores sociales en su acto fatal.

Sociología del envejecimiento: las vinculaciones y desvinculaciones

Por ser este un artículo producido dentro del ámbito del conocimiento especializado de la sociología, el enfoque contiene, por definición, el sesgo que conlleva la disciplina. Se entiende por comprensión sociológica aquella que está relacionada con los comportamientos que se llevan a cabo en forma asociada con otros semejantes. Aun estando a solas, el ser humano lleva a cabo la interacción social, porque puede dialogar con figuras imaginadas que representan los rasgos sobresalientes de personajes conocidos en la vida cotidiana. ¿Cómo se afectan los procesos orgánicos y los sociales recíprocamente?, sigue siendo un terreno ignoto, que atrae la atención de psicólogos sociales, antropólogos sociales, sociólogos, gerontólogos y otros exploradores.

La comprensión sociológica, es un estudio de la conducta humana desde perspectivas muy diversas, ya que la sociología contemporánea tiene un matiz profundamente interdisciplinario, como resultado del gran incremento del conocimiento que se ha producido en las últimas tres décadas.

Es necesario, en este punto, resaltar que dentro del conocimiento sociológico, no se han producido teorías relacionadas con el proceso del envejecimiento, que gocen de una aceptación generalizada por parte de los miembros de la comunidad que se adhieren a la disciplina. La sociología es bastante notoria, por carecer de paradigmas y esa adolescencia es muy obvia dentro del campo especializado de las reflexiones sobre el envejecimiento. Lo cual, si lo pensamos bien, resulta una ventaja, porque libera al sociólogo de todo compromiso con una teoría, y lo emancipa en la dirección de explorar diferentes puntos de vista, para lograr alguna posición reconciliadora o razonable.

Los primeros sociólogos en dedicarse al estudio sistemático del envejecimiento, fueron los funcionalistas estructurales. En 1960, Elaine Cumming (*et al.*, en Chown, 1972:269) observó que las personas mayores de 65 años manifestaban una tendencia hacia la soledad, en virtud de desvincularse de la configuración de papeles sociales que habían ocupado en edades anteriores, siendo los procesos de desafiliación más notorios: el divorcio, la viudez, el nido vacío (cuando los hijos abandonan el hogar paterno para formar casa aparte), la jubilación, los episodios de enfermedad que causan limitaciones funcionales y la muerte de familiares y amigos. Así, entre más amplia la longevidad de un individuo, más altas las probabilidades de experimentar desvinculaciones, como resultado de la muerte de los miembros de la red social de interacciones familiares y de amistad.

En 1961, Elaine Cumming, junto con su esposo William E. Henry (en Birren & Bengtson, 1988:336), reiteraron su postu-

ra teórica, como resultado de efectuar una encuesta en la ciudad de Kansas City, Estado de Missouri, por medio de la cual confirmaron su propuesta, que la desvinculación en el envejecimiento es un proceso universal, recíproco e inevitable que tiene como efecto el que los individuos envejecidos se retiren sistemáticamente de la vida social activa, para aislarse paulatinamente en un mundo de soledad, cuya función estructural cumple el fin de preparar a dichos individuos para la muerte y a la vez, tiene la meta de abrirle espacios en los mercados laborales a generaciones más jóvenes y energéticas.

Según Cumming y Henry, los individuos en una sociedad moderna, preponderantemente urbana e industrial, son socializados de tal modo que ya llevan programado en el contenido educativo, la expectativa que se espera de ellos de que se desvinculen y aislen al envejecer, para poder darle campo a las nuevas generaciones, que ostentan el nuevo conocimiento tecnológico que significa desarrollo y progreso. En la opinión de estos autores, a los individuos se les programa a no oponerse al progreso y al desarrollo de la colectividad y se sacrifican voluntariamente, cuando ya ellos han determinado que su aporte es insuficiente, para mantener el ímpetu de la sociedad y se desactivan socialmente.

El resto de la comunidad sociológica no fue lerda en reaccionar a estas propuestas, por parte de los funcionalistas, especialmente desde el campo del interaccionismo simbólico, cuyos miembros se habían periódicamente enfrentado a Talcott Parsons y sus seguidores, acusándolos de haber generado una visión estática y fosilizada de la sociedad.

Aunque Mead no fue un escritor prolífico, fue gracias a Charles W. Morris (Mead, 1934/1962) que las conferencias que Mead impartía en la Universidad de Chicago, fueron recopiladas a partir de los apuntes de los estudiantes que habían asistido a sus clases magistrales. Influenciado por dos vertientes del pensamiento europeo, el psicoanálisis de la Escuela de Viena (Freud y sus seguidores) y por Max Weber (la estructura social y la personalidad), Mead propuso un nuevo planteamiento del "conductismo social", en la cual se revisaban las nociones del "yo", el "mi" y la "mente".

Para Mead, el "yo" es el organismo personificado; el resultado de un proceso evolutivo que manifiesta en su médula espinal, las estructuras fisiológicas primitivas que también se encuentran en reptiles y otras formas biológicas análogas. Pero, el "yo" ha experimentado modificaciones, en el caso de los humanos, ya no sólo como resultado de la acción del medio físico; sino por factores creados por la humanidad misma, esto es, el medio social, tales como la utilización del fuego, la cocción de los alimentos y la influencia recíproca sobre el cuerpo humano de la cultura y los valores sociales, por mencionar unos pocos.

Para Mead, la estructura social que se ha creado históricamente, que ha evolucionado en forma paralela al "yo" orgánico, es el "mi". Sin embargo, el "mi", más que una estructura social, es un proceso fenoménico, que sólo se suscita y acontece, mientras ocurra la interacción simbólica entre los individuos que constituyen una sociedad. El "mi" es un conjunto de significados sociales, que el individuo "internaliza" y equipara con las equivalencias subjetivas, índices estos que le permiten a su vez al individuo traducir sus

significados subjetivos y expresarlos en forma objetiva. El "mi" es la identidad social que fabrico, mientras manifiesto mi sociedad con mis asociados, estén estos presentes en forma física o por medio de una representación simbólica (fotografía, pintura, video, cinematografía y otros medios de representación, incluyendo la imaginación).

Uno de los rasgos más destacados de la especie humana, según Mead, es la capacidad de utilizar símbolos y adjudicarles significados compartidos, bien sea con individuos reales y concretos o con seres imaginarios. Así, los humanos son capaces de interactuar con un ser imaginario o una abstracción que representa en forma simbólica la voz cantante de la sociedad, el "otro generalizado" (que tiene asombrosa semejanza con el "superego" de Freud).

En la propuesta de Mead, la "mente" es un proceso externo, que existe en virtud de la interacción por medio de los símbolos con significados compartidos. Si la interacción simbólica se deteriora, decae correspondientemente el vínculo de "mentalizar", o sea, de tener presentes en forma simbólica, a los "otros generalizados" (la representación individualizada de los rasgos colectivos).

La tendencia a llevar a cabo representaciones sociales es tan acentuada en los humanos, argumentó Mead, que inclusive se nos inculca la necesidad de la manufactura de un "frente" o "fachada" de índole social, que sirve como tarjeta de presentación ante los otros, esta es, la "persona" (del teatro antiguo griego para indicar la máscara utilizada por los actores en el escenario). La persona y la mente están interconectadas, porque son parte del mismo proceso, en donde la "persona" es la versión individual de los

"otros generalizados". La persona pretende individualidad, pero sus raíces son sociales y corresponden al gran escenario en el cual protagonizo mis papeles sociales para un público. La "mente" es el resultado simbólico y representativo, del acto de vincularse socialmente. La mentalización es vincularse y vincularse es mentalizar, opinó un interaccionista simbólico (Warriner, 1970:8).

Hoy en día, con la existencia de las microcomputadoras, se hace más fácil la analogía de lo que quiso decir Mead: el "yo" es el *hardware*, el "mi" el *software*, la "persona" es la pantalla y la "mente" el ambiente que se suscita al acontecer una conexión por *modem* (con todos los riesgos de los virus, gusanos y otras calamidades que destruyen los archivos del disco duro).

Así, los seguidores de George Herbert Mead (Cavan, 1962) formaron un frente común y paulatinamente cerraron filas detrás de la teoría que se llegó a denominar "de la actividad social", cuyas propuestas se contraponían al funcionalismo estructural de Cumming y Henry. Los interaccionistas simbólicos se han opuesto en sus escritos a toda forma de organización social que aisle y confine a los seres humanos, delimitando de ese modo, la variedad y riqueza de posibilidades interactivas. Las vinculaciones que se pierden deben ser reemplazadas o substituidas por otras, porque la satisfacción del individuo estriba en saberse aceptado por alguna forma de asociación, argumentaron los "activistas sociales".

A tal extremo en su entusiasmo llegaron los seguidores de Mead, que inclusive propusieron la "teoría del etiquetamiento", para indicar que en igual forma a como se le confina a un individuo a una cárcel (donde se le priva de su libertad), o

a un viejo a un hogar para ancianos, o a una persona con un desorden de la personalidad a un hospital psiquiátrico, o sea, la delimitación física y temporal del accionar del individuo, por medio de barreras y linderos que establecen fronteras a ese accionar; de igual forma, los mores, etiquetas y estereotipos, confinan al individuo, al crear valores éticos que lo impulsan a vincularse al "nombre" (identidad).

El individuo se ve inducido por las expectativas del grupo, conforme éstas se ven reflejadas en las actitudes y el lenguaje, a adaptarse a lo que él o ella cree que es su obligación social, con tal de ser aceptado (y no estigmatizado o aislado), por la comunidad. Para los interaccionistas simbólicos, toda forma de socialización tiene un potencial inductivo muy amplio, que guía y orienta el comportamiento humano en la dirección deseada por la voluntad común. El ser humano se vincula a formas religiosas, políticas, mitológicas, tradicionales, económicas, de clase social, etnicidad, raza, género y otras tantos factores interactivos simbólicos que intervienen en determinar y condicionar los actos sociales recíprocos.

Los interaccionistas simbólicos de la perspectiva de la actividad social, propugnaron por combatir cualquier forma de separación del individuo de la corriente principal interactiva, la vida social de la comunidad. Apartar, estigmatizar, delimitar, restringir, segregar y aislar son formas de castigo o confinamiento, argumentaron los seguidores de Mead. El dilema que detectaron los pragmatistas filosóficos estadounidenses, como George H. Mead y John Dewey, era resolver el nudo gordiano de la "mística participatoria" (al decir de Lévy-Bruhl, 1966), por un lado, y la capacidad de discernir del individuo,

por otro, capacidad ésta que se ejerce en mejores condiciones, cuando el individuo está consciente de las alternativas e inclusive en posición de desconectarse de un grupo e integrarse a otro (movilidad social horizontal y vertical).

En la vejez, según el argumento de los funcionalistas estructurales, el envejecido pierde alternativas y encuentra su mundo social severamente reducido, hecho este que contribuye a su confinamiento o restricción social. En cambio, los interaccionistas simbólicos de la escuela de la actividad social, propugnaron por mantener una amplia gama de opciones abiertas a los envejecidos, opciones estas que mejor se ejercen por medio de la participación activa en la vida de la comunidad.

Por más de 20 años, durante las décadas de 1970 y de 1980, se enfrascaron los funcionalistas estructurales y los interaccionistas simbólicos en un debate que le dio un gran impulso sociológico a los estudios sobre el envejecimiento humano. Como resultado de la influencia de los interaccionistas simbólicos sobre los funcionalistas estructurales, Robert K. Merton (1967) comenzó a hablar de la "profecía que se cumple por sí misma", queriendo con ello acreditar al proceso que los interaccionistas habían llamado "etiquetamiento". Al imponer un nombre social, tal como "la tercera edad", "anciano" o "senilidad" y otros a los envejecidos, se están generando expectativas vinculantes, que condicionan la modalidad de la interacción y el concepto que de sí mismo desarrolla el individuo en sociedad.

No eran las únicas variantes que los funcionalistas estructurales trataron de poner en efecto, como respuesta a las críticas de sus opositores. Cowgill (1974),

trató de darle un giro a los argumentos funcionalistas con la teoría de la modernización, proponiendo que el estatus social de los envejecidos había experimentado un cambio social significativo, como resultado de los procesos de urbanización e industrialización. Para Cowgill, cuanto más industrializada y urbana una sociedad, más son los efectos adversos que se observan sobre la pérdida de prestigio del estatus social de los envejecidos en el sistema de estratificación social.

Argumentó Cowgill, que en las sociedades tradicionalistas (tribales, clanes o preindustriales) los envejecidos ocupaban un estatus social lleno de prestigio, por varias razones: (a) llegar a viejo era un privilegio que sólo unos pocos gozaban, porque la tasa de mortalidad era muy alta y la longevidad más corta que en la época actual; (b) por ley de oferta y demanda, al ser pocos los viejos, éstos eran más valorados; (c) en sociedades preindustriales, los viejos eran los guardianes de las tradiciones, rol social que se pierde en la sociedad urbana e industrial, en donde son las instituciones formales las que ocupan ese rol, y los individuos quedan adscritos a dichas instituciones en relaciones sociales tipificadas como anónimas e impersonales.

La teoría de la modernización, fue criticada por la marcada tendencia de sus proponentes a mirar el pasado preindustrial de la humanidad de una manera romántica, cuando en realidad, las evidencias apuntan en la dirección de hacer notar que la calidad de la vida en el envejecimiento en esa época, dependía del género, la raza, la etnicidad, la clase social, la religión y el período histórico exacto (Stearns, 1982).

Ante el asalto crítico que los funcionalistas estructurales comenzaron a

experimentar en las décadas de los años de 1970 y 1980, de parte de los dos campamentos más notorios en esa época, el interaccionismo simbólico por un lado y la economía política marxista por otro, gradualmente comenzaron a plantearse modificaciones substanciales formales y de enfoque a los argumentos funcionalistas. En 1972, Matilda White Riley planteó de nuevo la estratificación social, esta vez desde el punto de vista de la edad cronológica, tratando de demostrar la edad que es uno de los criterios universales para la adjudicación de derechos y obligaciones sociales. En otras palabras, la edad cronológica o edad calendario es una pauta social, mediante la cual se expresan normativas grupales.

A cada generación de individuos nacidos en la misma fecha, Riley las denominó una "cohorte" (término que era utilizado en la Roma antigua para designar a las legiones de soldados). Por analogía, Riley se imaginó que cada generación sucesiva, era un momento en el constante fluir de un manantial, de ahí la noción de "flujo de los cohortes" para referirse al surgir de las diferentes generaciones de individuos que tenía en común la fecha de nacimiento y la experiencia social de la edad cronológica (grupo social de la misma edad).

Riley quería destacar que cada "cohorte" representa una realidad sociológica con un perfil definido: por su momento histórico, la evolución de las instituciones sociales, los cambios tecnológicos, la tasa de mortalidad y morbilidad, el tamaño demográfico, la densidad demográfica por género, las características educativas y profesionales, y en general, por las oportunidades en la vida.

Al abrir esta perspectiva, Riley le brindó un apoyo teórico a una multiplici-

dad de estudios funcionalistas, en los que se trataba de demostrar las diferencias en mentalidad entre las generaciones sucesivas de individuos. Se comenzaron a documentar diferencias sociológicas importantes, por ejemplo, entre los individuos nacidos durante la Gran Depresión económica de 1929 y las generaciones siguientes. En la vejez, habían generaciones de individuos que tendían a "cantar su llanto del cisne" en relación a desvinculaciones que les causaron pesar y duelo, tales como crisis socioeconómicas, guerras, conflictos armados entre pandillas, incrementos en violencia civil y desórdenes políticos, grandes migraciones y desplazamientos de poblaciones y otras formas estructurales de violencia, cambio radical del orden social o catástrofes naturales. De este modo, era posible demostrar que la historia biográfica de cada individuo perteneciente a una "cohorte" específica, estaba entrelazada en una fina urdimbre con los acontecimientos históricos de la sociedad. Es casi imposible el estricarse la biografía de la historia y por ende, la mayoría de los dolores emocionales relacionados con las vinculaciones y desvinculaciones, se deben a las acciones de otros semejantes y son, por ende, sociales. Muchos seres humanos sufren, debido al dolor emocional causado por otros.

Riley le dio un nuevo ímpetu a los funcionalistas, que se sintieron reoxigenados y entusiasmados de nuevo, al poder demostrar empíricamente una conexión entre la vida secular y la vida en sociedad, la estructura social y la personalidad. Mucho del dolor emocional individual, refleja las condiciones del contexto social, argumentaron los seguidores de Riley, a la manera cómo Durkheim había logrado demostrar que las tipologías del

suicidio correspondían a morfologías estructurales sociales (grados de solidaridad social).

También lograron Riley y sus seguidores demostrar con gran éxito que la edad cronológica es uno de los criterios para vincularse socialmente, ya que muchas decisiones para el matrimonio o la formación de pareja y amistad, se basan sobre la edad de los individuos, de tal modo, que se observa la tendencia hacia la norma de que los hombres sean mayores que las mujeres en edad, al formar pareja y que las amistades estén dentro del mismo rango de edad. Algunos funcionalistas defensores de la estratificación social basada en la edad, de hecho sacaron a relucir estadísticas mostrando la alta incidencia de relaciones de pareja que fracasaban, debido a grandes diferencias de edad entre el hombre y la mujer (Burr, Day & Bahr, 1993:447).

Pero, a semejanza del caso con Parsons y Merton, los francotiradores del campo opuesto, no se hicieron esperar y al poco tiempo, ya era guerra declarada. Hendricks & Hendricks (1986), argumentaron que los intentos que hacían los funcionalistas del grupo de Riley por demostrar que una "cohorte" era análoga al criterio de clase social, eran descabellados y sin fundamento. Hendricks & Hendricks en sus investigaciones, no encontraron correspondencia entre la edad cronológica y el ingreso económico, o las oportunidades en la vida.

Estos últimos investigadores, hicieron ver que la noción de "cohorte" es una cosificación (atribuirle facultades humanas a cosas o procesos) de la edad cronológica o de la fecha de nacimiento, en el sentido de que se asume que los factores preponderantes sociales que

acontecen cuando nace un individuo, son capaces de actuar como si fueran seres humanos y dejar marcas indelebles en el temperamento individual. Ellos criticaron a M.W. Riley, por asumir que los individuos nacidos en la misma fecha, experimentan la edad cronológica de la misma manera.

Frankfather (1977), demostró con sus estudios empíricos que más bien, los individuos de la misma edad cronológica, experimentan esas edad en formas muy diversas, dependiendo del contexto social específico y no del criterio del tiempo social o cronología.

Leonard Cain, haciendo acopio de los argumentos funcionalistas, trató de dirigir la atención de la sociología del envejecimiento en otras direcciones. Primero, trató de ampliar el campo de interés de la disciplina hacia el "lapso completo de la vida humana" y no sólo las últimas etapas, como lo habían hecho funcionalistas estructurales, interaccionistas simbólicos y políticos económicos marxistas. Cain (1964), argumentó que se envejece de la cuna a la tumba, y que por ende, la vida entera de los individuos debería ser el objeto de atención de la sociología del envejecimiento.

Segundo, el proceso del envejecimiento tiene implicaciones sociales, psicológicas y orgánicas que no deben analizarse como si fueran aspectos autónomos, sino, más bien, relacionados. Tercero, Cain estimó que las experiencias de envejecer están formadas por factores históricos y de cohorte (grupos sociales de la misma edad).

Para documentar sus presupuestos teóricos, los seguidores de Cain (Hagestad & Neugarten, 1985) hicieron referencia en forma profusa a las transiciones de la vida que experimentan los

referencia en forma profusa a las transiciones de la vida que experimentan los seres humanos (el matrimonio, el divorcio, la formación de pareja, la separación, obtener un título de estudios, colocarse en un trabajo, jubilarse, asumir el papel de abuelo, encarar el final de la vida, las conversiones religiosas y otros). Estos autores hicieron énfasis sobre las normas pertinentes a la edad cronológica, muy a la manera de Matilda W. Riley, en el sentido de la "realidad social" de la edad, destacando la noción de los "hitos" cronológicos en relación a las transiciones (niñez a adolescencia, adolescencia a joven adulto, joven adulto a adulto mayor, y así por el estilo). Según ellos, "treintón", "cuarentón", "cincuentón" y otros términos similares, no son sólo etiquetas, sino categorías sociales formativas de procedimientos para la acción social y por ende, dotadas de realidad social. Dicho de otro modo, son maneras de "percibir" la realidad social y por ende, un criterio importante en el establecimiento de las vinculaciones y de la manera de comportarse.

Pierre van den Berghe (1991), por otro lado trataba de lograr un entendimiento del comportamiento humano, tomando en cuenta las variables orgánicas, y para llevar a cabo su posición teórica, hizo acopio del conocimiento generado por la biología, y en forma particular, por los especialistas en genética. Esa posición sociológica se ha llegado a conocer como la "sociobiología", y sus inquietudes iniciales pueden ser trazadas hasta Herbert Spencer, el sociólogo inglés, quien había escrito varios tratados de biología, antes de interesarse en la sociología.

Los sociobiólogos han seguido los pasos de Thomas Malthus y Charles Darwin, en el sentido de aceptar que se suscita "un mecanismo natural de control y eliminación de las especies", pero, reconocen que el ingenio humano ha per-

mitido alterar la "naturalidad" de ese mecanismo, y en el caso de la especie humana, sus miembros han producido modificaciones propias típicas de la organización social.

Desde el punto de vista de la sociobiología, la longevidad inusitada que está experimentando la especie humana, es el producto de la civilización inventada por la especie: mejores técnicas médicas, más avanzadas técnicas de neonatología y obstetricia, antibióticos, la erradicación de muchas enfermedades infecciosas y otros logros más, tales como una mejor alimentación, han repercutido en un aumento de la esperanza de vida al nacer en poco más de cincuenta años, en relación a las generaciones de hace un siglo.

Muchas formas de comportamiento humano, para los sociobiólogos, obedecen a impulsos genéticos muy básicos: territorialidad (domesticidad, expansión, imperialismo, etc.), perpetuar los genes (clan, dominación, poder, nepotismo, elitismo, etc.) y eliminar genes rivales competidores (agresión y guerra).

Aplicados al envejecimiento, los supuestos teóricos de los sociobiólogos, hacen referencia a las conductas pertinentes a la transmisión hacia la especie del conocimiento adquirido en forma individual, por medio de los hijos y la información necesaria para asegurar la perpetuidad (genética y cultural), mediante el control de los recursos necesarios para asegurar la supervivencia de los genes (apellido, familia, abolengo, herencia, tradiciones, etc.). En esencia, los sociobiólogos han querido dejar ver que los ritos sociales no son sino atavismos para los impulsos genéticos más básicos. Como si fuera un motor de dos pistones, los humanos se han puesto al servicio de impulsos genéticos poderosos: (1) la supervivencia de la especie (razón por la que seleccionamos pareja, construimos

guarida, edificamos un entorno familiar protector, defendemos el territorio y le tratamos de asegurar a los críos su futuro) y (2) la autopreservación, que sirve el propósito de enriquecer el conocimiento genético de la especie, por medio de la diversidad individual.

A manera de resumen, cabe comentar que de ninguna manera se han tomado en cuenta todas las teorías sociológicas relacionadas con la vinculación o la desvinculación en la vejez, ya que se han quedado por fuera la teoría de la subcultura, la teoría del intercambio, la teoría de la competencia social y el resquebrajamiento, la fenomenología social y la política económica marxistas. Es obvio, que el argumento central de todos estos sociólogos ha sido básicamente este: las vinculaciones humanas acontecen como resultado de múltiples influencias que entran en juego en situaciones específicas, tales como las normas y los valores sociales, las tradiciones y los hábitos, la actividad económica y política, las creencias y la ideología, la religión, la etnicidad, la raza, la clase social, la educación, el género, la familia, las redes sociales de apoyo y, obviamente, la edad cronológica como una categoría social de afiliación. Pero, así como esos factores inciden sobre las vinculaciones, de igual manera influyen sobre las desvinculaciones, dado que el colapso o rompimiento de muchos vínculos sociales se efectúan debido a la importancia que estas creencias tienen para los grupos humanos a los que está afiliado el actor social.

Sociología del dolor

Investigaciones clínicas (Rando, 1984:71) demuestran que el dolor emocional puede tener un efecto tan para-

lizante como el dolor físico y con frecuencia, las personas que expresan pesar debido a una desvinculación, se refieren al "dolor desgarrador" que sienten en el pecho, el corazón o en el alma. La continuidad fenoménica de las sensaciones físicas y los conceptos sociales y culturales, ha sido desde hace mucho ya demostrada, en estudios de hipertensión, ulceraciones gástricas e intestinales, efectos psicósomáticos y otros, en que los individuos desarrollan síntomas orgánicos en respuesta a situaciones sociales (Ferrini & Ferrini, 1989). Ni mencionar las guerras religiosas y políticas, que se han efectuado en base a creencias metafísicas o ideológicas y que han plagado la historia de la humanidad.

Formar vinculaciones y apegos es parte de la naturaleza social del ser humano. Ir en dirección contraria, en el sentido de desvincularse y desapegarse, produce muchas veces sufrimiento que se traduce en síntomas fisiológicos de dolor, angustia, estrés, inapetencia, insomnio, hipertensión, desvanecimientos y otros efectos, que colocan al individuo en una posición vulnerable (Bowlby, 1977) y afecta su accionar en sociedad.

La dimensión sociológica del sufrimiento humano o el dolor emocional, mejor se nota dentro del contexto del análisis de rol social. De acuerdo con Bond & Bond (1986:32), "Las personas que ocupan ciertas posiciones sociales, se comportan de acuerdo con las expectativas relacionadas con la posición en lugar de las características individuales. Los roles son los atributos definidos socialmente y las expectativas asociadas con posiciones sociales". La ejecución o el protagonismo de los papeles sociales afecta la manera cómo se

expresa el sufrimiento debido a las desvinculaciones. Muchos individuos hacen abandono de las posiciones sociales que ocupaban, antes de experimentar los episodios de dolor emocional resultantes de una desvinculación, como para desnudarse de los atuendos sociales que les impide ir al encuentro de una posición más auténtica para ellos.

El pesar y el duelo provocan en los individuos las más inusitadas hipóstasis, y el duelo postergado y el duelo sin resolver, inducen, generalmente años después, y hacia la "crisis de la media vida" o la vejez, manifestaciones muy poco placenteras del comportamiento, inclusive desórdenes de la personalidad que se agudizan debido a la postergación del duelo.

De ahí, que no todas las desvinculaciones son adversas: hay pérdidas que son necesarias y beneficiosas para el bienestar del individuo (así como hay excelentes matrimonios, también hay excelentes divorcios). Ningún ser humano está llamado a probar un imposible. Muchas veces el individuo común y corriente es elevado a un plano superior, por una fuerza desconocida, que lo indi-

vidualiza y le da un nuevo ímpetu. A veces, ese individuo por su lado galvaniza a otros y provoca un movimiento social.

Algunos individuos se benefician de la soledad, otros no. Saber distinguir a unos de otros, es una tarea delicada que profesionales y legos tratamos de llevar a cabo, y para cuyo efecto buscamos inspiración no sólo en el discurso de los científicos, sino también en las grandes afirmaciones religiosas que han sobrevivido la prueba del tiempo. Los científicos nos hablan de sus razones y la religión contiene afirmaciones paradójicas, que reflejan la polaridad de la cual está constituida la energía psíquica del ser humano (racional, irracional, consciente, inconsciente, carnal, espiritual, amoroso, odioso, afectivo, agresivo: una antinomia, sin duda).

El modelo de las transiciones humanas y los hitos cronológicos que fue impulsado por Cain, dentro de la perspectiva sociológica del "lapso de la vida", se puede perfectamente utilizar para enfocar la desvinculación, su respectiva transición y la reintegración, de la siguiente manera (tomado de Richards, 1999:91):

autor	desvinculación	transición	reintegración social
Lindemann	impactado	duelo profundo, angustia, dolor, la imagen de la relación rota, culpa, enojo, alteración del comportamiento habitual	resuelto el duelo
Worden	aceptar la realidad de la desvinculación	experimentar a plenitud el dolor del acontecimiento, ajustarse a la desvinculación	reservar la energía necesaria para iniciar nuevas vinculaciones
Bowlby	aturdimiento	extrañar y buscar, desorganización y desesperación	reorganización
Schneider	darse cuenta de la desvinculación	aferrarse, dejar ir, estar consciente de la desvinculación, poner la desvinculación en perspectiva	resolver la desvinculación, reformular nuevas vinculaciones, transformación y trascendencia

Toda transición humana, dentro de los alcances de la sociología del dolor, está provocada por algún tipo de desvinculación, entendiéndose que el ser humano experimenta las afiliaciones y desafilaciones en formas muy diversas, y los individuos se afilian o vinculan a muchos grupos, personas, objetos, imágenes, personajes imaginarios y ambientes.

La transición es el proceso necesario para llegar a la meta, que es la consumación del dolor emocional. El duelo debe vivirse y no postergarse, aunque sea en privado, porque las indicaciones son claras de que los duelos postergados o sin resolver, luego se manifiestan en maneras muy desagradables años después.

En la transición, son de gran ayuda las confesiones religiosas, las orientaciones profesionales, las redes familiares y de amistades. Es recomendable no ais-

larse y tener la humildad de pedir ayuda. Sociológicamente, toda forma de incrementar la solidaridad social es recomendable, dados los beneficios que reporta para el individuo el saberse aceptado y apoyado. Pero, debe respetarse al individuo que siente, sinceramente, que es estando a solas, como él o ella, puede mejor elaborar su duelo.

El alcohol y las drogas que tienen efectos anestésicos, mitigan el dolor emocional, pero no resuelven sus causas, sólo ayudan a posponer el momento del enfrentamiento, en que, tarde o temprano, el individuo tiene que darle cara a la realidad de la pérdida. Mentir y mentirse, son formas de mitigar la pena, pero, no constituyen formas adecuadas de encarar los hechos. La realidad de la pérdida y sus razones, forman parte constitutiva del proceso de volver al bienestar, aunque esa realidad nos llene de aturdimiento o miedo.

viduo como resultado de una desvinculación social, debe enfocarse como un caso único, aunque deben de respetarse sus creencias religiosas y su sistema de creencias sociales pertinentes a su clase social, género, edad, y en general, la estación en la vida.

La resolución de un duelo acontece, cuando el individuo puede ocupar sus papeles sociales en forma satisfactoria, con un sentido de bienestar y de superación (trascendencia). La trascendencia, por definición, se logra cuando el individuo logra un cambio de actitud hacia su problema. Moverse, cambiar, asimilar, aprender, son aspectos inherentes a la vida. Quedarse estancado va en detrimento del flujo de las energías que propician la vida.

Bibliografía

- Bond, J. & Bond, S. (1986). *Sociology and Health Care*. Edinburgo, Esc., Churchill Livingstone.
- Bowlby, J. (1977). The Making and Braking of Affectional Bonds, *British Journal of Psychiatry*, 130.
- Burr, W.R.; Day, R.D. & Bahr, K.S. (1993). *Family Science*. Brooks/Cole Publishing Co.
- Cain, L. (1964). Life Course and Social Structure, en Ronald Faris (Ed.), *Handbook of Modern Sociology*. Chicago, Rand McNally.
- Cavan, R.S. (1962). Self and Role in Adjustment During Old Age, en Arnold Rose (Ed.), *Human Behavior and Social Processes*. Boston, Houghton Mifflin.
- Chown, S.M. (Ed., 1972). *Human Ageing*. Middlesex, Ingle., Penguin Books.
- Cowgill, D.O. (1974). Aging and Modernization: A Revision of the Theory, en Jabe F. Gubrium (Ed.), *Late Life*. Springfield, Ill., Charles C. Thomas.
- Cumming, E. & Henry, W.E. (1961). *Growing Old: The Process of Disengagement*. New York, Basic Books.
- Cumming, E. (1972). "Disengagement: A Tentative Theory of Ageing", en Sheila M. Chown (Ed.). *Human Ageing*. Middlesex, Ingle., Penguin Books.
- Ferrini, A.F. & Ferrini, R.L. (1989). *Health in the Later Years*. Dubuque, IA., Wm. C. Brown Publishers.
- Frankfather, D. (1977). *The Aged in the Community*. New York, Praeger.
- Hagestad, G.O. & Neugarten, B.L. (1985). Age and the Life Course, en Robert H. Binstock and Edward Shanas (Eds.), *Handbook of Aging and the Social Sciences*, 2da. edición. New York, Van Nostrand Reinhold.
- Hendricks, J. & Hendricks, C. (1986). *Aging in Mass Society: Myths and Realities*, 3ra. ed. Boston, MA., Little, Brown.
- Lévy-Bruhl, L. (1966). *The "Soul" of the Primitive*. Traducido por Lilian A. Clare. Chicago, Henry Regnery Co.
- Mead, G.H. (1934/1962). *Mind, Self, and Society; From the Standpoint of a Social Behaviorist*. Chicago, The University Press.
- Merton, R.K. (1967). *On Theoretical Sociology; Five Essays, Old and New*. New York, The Free Press.
- Rando, T.A. (1984). *Grief, Dying and Death; Clinical Interventions for Caregivers*. Champaign, Ill., Research Press.
- Richards, R.L. (1999). Spiritual Pain, en C. Whitehead, et al. (Ed.), *Msc in Pain Management; Module 4; Behavioural Science Related to Pain*. Cardiff, Gales, University of Wales College of Medicine.
- Riley, M.W.; Johnson, M. & Foner, A. (1972). *Aging and Society: A Sociology of Age Stratificación*, Vol. 3. New York, Russel Sage Foundation.
- Stearns, P.N. (1982). *Old Age in Preindustrial Society*. New York, Holmes and Meier.
- van den Berghe, P. (1991). "Biological Functionalism", en Johathan H. Turner, *The Structure of Sociological Theory*. Belmont, CA., Wadsworth Publishing Co.
- Warriner, CK (1970). *The Emergence of Society* Homewood, Ill, The Dorsey Press